LOS CUERPOS SUTILES DEL HOMBRE

En la fachada del Templo de los Misterios de Delfos, en Grecia, figura el siguiente axioma: ***Conócete a ti mismo***. En efecto, el conocimiento de sí mismo es esencial para cualquier persona que quiera restablecer la unión con la Naturaleza Original. Pero, ¿Qué conocimiento tiene el hombre de sí mismo?

Sin duda alguna la ciencia puede darnos muchas informaciones sobre nuestro cuerpo y sus órganos. Sin embargo, infinidad de preguntas quedan sin respuesta, sobre todo en lo referente a la finalidad de dicho cuerpo. En las explicaciones precedentes hemos aclarado algunos elementos que permiten responder a estas dos preguntas:

- ¿De dónde viene el hombre?
- ¿A dónde va después de la muerte?

Desearíamos explicarles ahora que el hombre no sólo está compuesto de células materiales, sino que forma todo un sistema muy complejo, que sobrepasa ampliamente todo lo que la ciencia oficial puede imaginar.

Este sistema se compone de cuatro cuerpos, siendo el primero de ellos: El cuerpo material, el único conocido por todos nosotros. Los otros tres están compuestos por sustancias etéricas, más sutiles, y a causa de ello son invisibles para el común de los mortales. Esos otros tres cuerpos son:

El cuerpo etérico, o cuerpo vital, llamado así porque vitaliza el cuerpo físico, y podemos decir que es su *doble,* ya que lo penetra por todas partes –al igual que el agua impregna una esponja-, sobresaliendo de él algunos centímetros.

El cuerpo astral, o cuerpo de los deseos, llamado así porque es el centro de todas nuestras sensaciones y sentimientos- emociones, pasiones, deseos, temores, etc.-; es un conjunto de fuerzas y corrientes en movimiento constante.

El cuerpo mental, todavía en estado embrionario, que utiliza como instrumento el cerebro, y que puede ser reconocido por el clarividente gracias a la actividad luminosa que aparece a la altura de la cabeza.

El conjunto de estos cuatro cuerpos se baña en el campo aural o campo de respiración magnético, delimitado a su vez por la *lipika.* Esta última puede compararse con un firmamento estrellado. En este pequeño cielo que nos rodea con sus centros luminosos, arden todas las luces encendidas durante las vidas anteriores y estas luces representan la influencia del pasado, el karma. Son las fuerzas que determinan nuestros intereses y nuestras inclinaciones, pudiendo explicarse también por medio de este firmamento interior los diferentes destinos de los hombres.

Debemos comprender que, en cierta medida, ese *libro de la vida que es el karma,* es escrito por el hombre mismo, y, por lo tanto tenemos que ser conscientes de nuestra propia responsabilidad frente a nuestro destino.

El hombre recoge lo que siembra – dice la Biblia. Es la ley del karma, la ley de causa-efecto. Todo lo que el hombre hace, trae consigo la correspondiente consecuencia, y es poco inteligente decir: ¡qué me importa una próxima vida! ¡Yo vivo mi vida y lo que viene detrás de mí, no me interesa! Sólo el hombre que desconoce la ley de causa-efecto puede hablar de esta forma.

Volviendo a los cuatro cuerpos, precisemos que cada uno de ellos está alimentado por una sustancia etérica diferente:

- El cuerpo material utiliza el éter químico,
- El cuerpo etérico utiliza el éter vital,

- El cuerpo astral el éter luz, y,
- El cuerpo mental utiliza el éter reflector.

El éter químico y el éter vital mantienen en forma y vitalizan el cuerpo físico. *El éter luz* permite el funcionamiento de los órganos sensoriales, mientras que *el éter reflector* alimenta el pensamiento.
Estos cuerpos sutiles establecen un campo electromagnético alrededor del hombre, (en la Escuela Espiritual la palabra electromagnético, hace referencia a un campo en el que continuamente se ejercen fuerzas de atracción y repulsión). El hombre atrae lo que concuerda con el estado actual de su campo electromagnético, y rechaza lo que le es contrario.
¿Quién ha llegado a tomar conciencia de estas leyes? ¿Quién es capaz de dominar sus consecuencias? ¡Muy pocos hombres! Por esto cometen actos contra su voluntad. A través de estas consideraciones vemos hasta qué punto el hombre es influido por lo invisible.

El mundo dialéctico está formado por el aquí abajo y el más allá. El más allá no está lejos de nosotros, se encuentra aquí mismo, coexiste con el aquí abajo. Sólo el *nivel vibratorio* diferencia a estos dos campos electromagnéticos que se compenetran.
Le hemos explicado que el sistema humano se compone de cuatro cuerpos. También nuestro planeta, la Tierra, además de su cuerpo material, comprende una esfera etérica, una esfera astral y una esfera mental que, al igual que los cuatro cuerpos del hombre, se interpenetran mutuamente. El hombre está en estrecha relación con estos campos y con las fuerzas que reinan en ellos. No es insensible a la naturaleza y a la calidad de dichas fuerzas, pues actúan en él de la misma forma que él actúa en ellas. Los productos de las actividades humanas nos rodean constantemente.

Por sorprendente que pueda parecer, los pensamientos, sentimientos y deseos que formulan los hombres se proyectan en la atmósfera, donde se asocian según su categoría. Y de esta forma poseen un poder considerable sobre la vida de los hombres.

Cada vez que el hombre piensa y actúa, utiliza y libera éteres. Estos éteres contribuyen a reforzar la unión con las formas mentales en suspensión, presentes en la atmósfera. Los hombres no cesan de pensar. Para hacerlo necesitan éteres reflectores. Cuando experimentan sentimientos tales como amor, odio, envidia, dolor y todo el cortejo de angustias y temores, consumen éteres–luz, y luego los devuelven cada vez más contaminados a la atmósfera circundante.
Los sentimientos religiosos, y también cualquier forma de adoración a Dios, Cristo, Buda, etc., contribuyen igualmente al desarrollo de este proceso.

Acabamos de decir que cada hombre emite una radiación electromagnética. Por consiguiente, un grupo de individuos emite una radiación electromagnética global y ésta depende de las personas que lo componen. El hombre está rodeado por una multitud de fuerzas que le influyen continuamente. De esta forma vive y es vivido por el conjunto de las fuerzas electromagnéticas que le animan.

Cree actuar por sí mismo, pero de hecho su forma de vivir sólo es una reacción a las fuerzas circundantes que penetran en él. Pero como no percibe estas fuerzas, cree que no existen. ¿Podemos ver las ondas de la radio o de la televisión? No. Sólo sus repercusiones pueden ser percibidas. De la misma forma, las fuerzas sutiles se perciben únicamente por sus efectos. Piense hasta qué punto el ser humano es influido por los que le rodean, y hasta qué punto es moldeado por su medio ambiente.

Vivimos igual que en una prisión, y muchos, sobre todo los jóvenes, gritan: ¡libertad!, sin conocer, sin embargo, sus pormenores. No saben que su grito sólo es la expresión de una conciencia emocional presente en la atmósfera. Pero puede suceder también que esta aspiración a la libertad provenga de lo más recóndito de su ser, del último vestigio de lo Divino.
Es una llamada a la liberación, a la liberación de la garra punzante de este mundo, es una nostalgia vibrante de un mundo mejor y diferente. Y sin embargo, los hombres buscan la liberación en el seno de este mundo por medio de una infinidad de ideas progresistas. Quieren ennoblecer este planeta y mejorarlo, aun cuando las Sagradas Escrituras proclaman claramente:

¡Mi Reino no es de este mundo!

Al hablar de prisión, se podría objetar quizás que el hombre tiene el privilegio de disponer de una voluntad libre. Se podría añadir que esta libertad pertenece al alma y que para ésta no hay prisión alguna. ¿No está destinada por naturaleza a unirse al Reino de Dios, como dicen los teólogos?
Pero lo que comúnmente se designa por alma, es una manifestación de la conciencia regida por la calidad de la sangre y de las glándulas de secreción interna. Esta alma está en estrecha unión con el cuerpo material. La llamamos alma sangre o alma biológica. Ella es la que va al más allá una vez llegada la muerte, para volatilizarse allí después de cierto tiempo. En pocas palabras, esta alma es también mortal.

El Alma Verdadera, la que puede acoger en sí al Espíritu y entrar en la Libertad, no nos es dada hecha. Debe renacer, y esto se lleva a cabo mediante las fuerzas del Átomo Chispa de Espíritu.
Gracias a esta Alma, renacida de Agua y de Espíritu, comienza un grandioso proceso de desarrollo, que conduce al restablecimiento del Hombre Divino Original.
Dese cuenta claramente de la diferencia que existe entre estos dos conceptos de alma.
La primera alma está constituida por sus pensamientos, sus sentimientos y sus deseos, y ya sabe usted que estas actividades no son libres, sino fruto del karma.
Además esta alma por naturaleza es profundamente egocéntrica, y a causa de ello el hombre natural gira en un círculo cerrado, donde el pensar, desear y querer se engendran uno al otro al servicio de todas las codicias. Por lo tanto, ¡esta alma no posee en absoluto una voluntad libre!

Se trata ahora de llenar el abismo abierto entre el hombre y el Espíritu. ¿Cuál es el único medio? El *Renacimiento del Alma Verdadera,* única salida para restablecer la unión perdida con el Mundo Divino Original.
La Fraternidad de la Rosacruz sólo puede ayudarle, en el camino de la auto-realización del Verdadero Objetivo de la Vida, en la medida en que usted mismo lo desee ardientemente.

Con nuestros mejores votos,
TRABAJO DE ATRIO